

hayan recibido mucho, se les exigirá mucho, y con cada uno se empleará la medida que él haya empleado para con los demás. Seamos como quiera, grandes y pequeños, todos hemos confesado igualmente la fé; todos hemos recibido el sello sagrado; todos hemos renunciado al demonio, y nos hemos colocado bajo la enseña de Cristo. A todos se nos pedirá cuenta de nuestras resoluciones y promesas. Obispos, sacerdotes, diáconos, fieles de todas edades, de todos sexos, de todas condiciones, todos responderemos ante el Juez supremo, del talento que nos haya confiado: «Compareceremos todos, dice la Escritura, ante el tribunal de Cristo, y cada uno será recompensado segun sus obras, para bien ó para mal.» «Nadie, dice en otro pasaje el Espíritu Santo, nadie escapará de mis manos.»

Estremecido por las escenas de terror que ante su vista aparecen al llegar á este punto, el orador se detiene y guarda silencio. Los fieles le obligan á continuar.—Os lo pedimos, exclaman; decidnos lo que debe suceder despues, y Efren les responde:

«Os hablaré del dolor de mi alma, supuesto que no podríais escuchar la narracion de tan lamentables escenas; pero ¡oh amados de Cristo! permitidme que aquí me detenga.»

El auditorio insiste.—Maestro, lo que debe seguir es mas terrible que lo que nos habeis contado.... Y el santo continúa entonces, enternecido:

«Os lo digo derramando lágrimas. ¿Y cómo no verterlas cuando hay que hablar de los horrores del dia final? Pero el Apóstol nos manda que hagamos conocer todo esto á los fieles: vóy, pues, á instruiros en ello, á vosotros que sois las ovejas del Señor, para que á vuestra vez instruyais á los demás. Al ha-

ceros esta relacion, inundará mi alma el dolor; pero vosotros, amados míos, compartireis conmigo tales sufrimientos.... Todo ha sido ya revelado: las acciones de cada uno han sido proclamadas á la faz de los ángeles y de los hombres: entonces el soberano Juez humillará á sus piés todos sus enemigos; no habrá mas principado ni poderío que el suyo, y ante Él «toda rodilla se doblará,» segun las palabras de la Escritura. Por una parte los que han hecho germinar en sus corazones las virtudes y las buenas obras; por otra las almas estériles y criminales que no han llevado mas que frutos de maldicion. Los justos brillarán como el sol á la derecha del Altísimo, los impíos serán relegados á su izquierda en la tristeza y la desesperacion mas espantosa. A los primeros una gloria inmortal, porque han observado los preceptos del Señor, practicado la misericordia, amado á los pobres y á los huérfanos, ejercido la hospitalidad con los peregrinos, vestido á los que estaban desnudos, visitado á los presos y á los enfermos, consolado á los afligidos, sacrificado las ventajas de este mundo á las esperanzas del porvenir, perdonado las ofensas de sus hermanos y conservado puro é intacto el sello de la verdadera doctrina: á los otros una eterna confusion, porque han provocado la cólera del buen Pastor, despreciado la voz del Principe de los obispos, hollando con sus piés las enseñanzas de la fé y los consejos de sus superiores, profanado el tiempo de la penitencia con disipaciones vergonzosas y repugnantes orgías, y cerrado sus corazones á todo sentimiento de conmiseracion. ¡Oh, cuál será la alegría de los elegidos, cuando todos reunidos á la diestra del Esposo, con lámparas encendidas en sus manos, oigan que les dirige estas felices y consoladoras palabras:—Venid, benditos de mi Padre, entrad en posesion del reino que os ha sido preparado desde el principio del mundo.—Pero ¡cuál no será tambien el terror de los réprobos, cuando volviéndose hácia su lado, sientan fulminar esta sentencia:—Apartaos de mí, malditos; id al fuego eterno destinado para el demonio y sus ángeles. Vosotros no habeis tenido piedad de vuestros

hermanos, yo no tendré piedad de vosotros: no habeis escuchado mi voz, yo me reiré de vuestros gemidos y de vuestro dolor: os habeis rebelado contra mí, no habeis satisfecho mi hambre, ni apagado mi sed, ni aliviado mis infortunios, ni visitado mi prision: recibid el justo castigo de vuestro orgullo. Habeis servido á otro señor distinto, id, trabajadores de iniquidad, y retiraos de mi presencia. Y entonces irán á los eternos suplicios, y los justos al reino de los cielos.

¡Desgraciados de vosotros, desgraciados de los que alimentais para con vuestros hermanos una enemistad culpable! ¡Desgraciados los que habeis muerto vuestra alma por el pecado y que descuidais hacer penitencia! ¡Desgraciados los que os entregais al deleite, á la disipacion y á la carne, á los vanos placeres de la tierra, sin considerar las obras de Dios, sin inquietaros por sus preceptos! ¡Desgraciados los que tomáis á juego las divinas Escrituras! ¡Desgraciados los que profanais por el orgullo y la vanidad los dias de gracias y de salvacion! Llegará la hora en que sintais amargamente el tiempo que prodigais hoy con tan poca precaucion. ¡Desgraciados de vosotros, que consultais los espíritus de tinieblas y que concedéis una confianza criminal á las revelaciones del demonio: pues pereceréis con él. ¡Desgraciados de vosotros, cuya pluma destila la iniquidad! ¡Desgraciados de los que os entregais á las vanas prácticas de la astrologia y de la adivinacion! ¡Desgraciados de vosotros, jueces inícuos, que absolveis el crimen y condenais la inocencia! ¡Desgraciados los que inficionais la verdadera doctrina con el veneno de la heregia, ó que os colocais bajo la enseña del error! ¡Desgraciados los que dejais devorar vuestra alma por los funestos ardores del odio y de la envidia!... ¿Pero para qué tantas palabras? ¡Desgraciados de vosotros todos, pecadores, que deseais colocaros á la izquierda del terrible Juez y precipitaros en el abismo eterno! Allí habrá suplicios para todos los crímenes y tormentos para todas las culpas. «Cada uno, dice la Escritura, será encadenado en los lazos de sus propios pecados.» Las tinieblas exteriores, la som-

bría prision, el rechinar de los dientes, el gusano que nunca duerme, el estanque de llamas, el fuego inestinguible y todos los demás horrores del infierno: tales son los espantosos arsenales de las venganzas celestes. A cada falta su castigo especial, á cada réprobo su condenacion particular.—Apartaos de mí, malditos; no os conozco: recibid lo que habeis merecido; id al fuego eterno: atadlos de piés y manos y arrojadlos en las tinieblas exteriores. Separad la cizaña del buen grano, y precipitadlo en las llamas.—Así razonará la voz de Cristo, variando el tenor de sus sentencias, segun los crímenes de los culpables. En efecto, el vicio tiene grados como la virtud; y del mismo modo que hay muchas moradas en el reino de los cielos, hay tambien en el infierno varias especies de castigos. Los que podais llorar y gemir, gemid y llorad conmigo.

Entonces, hermanos míos, se romperán todos los lazos que unen á los hombres en la tierra; pensamiento que hace correr mis lágrimas. Hora terrible en la que todos los hijos de Adán serán separados unos de otros y salvarán los umbrales de la eternidad, para nunca volverlos á trasponer. ¿Qué corazón de piedra puede dejar de sentir piedad y dolor, pensando en tan triste adios? Obispos, sacerdotes, diáconos, lectores, serán arrancados unos de los brazos de otros. Los reyes quedarán aislados, prorumpirán en gemidos, y la mano de Dios les arrojará delante de sí como viles esclavos. Los grandes del siglo, los ricos sin entrañas, llorarán desesperados y buscarán por todas partes auxiliares que no encontrarán; no habrá misericordia para ellos, porque no la han tenido para con los demás; no han anticipado limosnas para que las reciban al salir de la tumba, y quedarán solos y abandonados. «Vivieron sumergidos en un sueño, dice el Profeta, y nada han encontrado.» Los padres serán separados de sus hijos, los amigos de sus amigos: los esposos que mancharon la pureza del tálamo nupcial, las vírgenes que profanaron con el pensamiento su virginidad, todos serán so-

metidos á esta inexorable ley, y no habrá piedad para quien no la haya tenido con sus hermanos.

Pero mi espíritu vacila, y casi no me atrevo á seguir dándoos detalles tan tristes y desgarradores: las palabras parece como que se detienen en mis trémulos lábios, y solo puedo bosquejar rápidamente los diferentes rasgos de tan lúgubre cuadro. Arrojados los réprobos por los ministros del soberano Juez, huyen espantados hácia el abismo, rechinando los dientes con furor y volviendo sin cesar la cabeza para contemplar una vez siquiera la gloria de los justos y las alegrías de que se han visto privados para siempre. Divisan los inefables esplendores del paraíso, las infinitas magnificencias de la bienaventuranza eterna, la multitud de los elegidos que se elevan en triunfo siguiendo á su Redentor, y las positivas recompensas que distribuye el Señor de los hombres á los que han combatido generosamente. A medida que se aproximan al lugar de su suplicio, desaparece gradualmente de sus ojos tan celestial espectáculo, las diferentes partes de la escena se ocultan unas tras otras, Dios mismo desaparece, y quedan en un vacío absoluto, solos, sin defensa, sin esperanza, sin consuelo, sin recurso. ¡Terribles, pero justos decretos del Señor! Entonces prorumpen en sollozos, y lamentables gemidos se escapan de su pecho. ¡Oh, esclamarán, cuán insensatos hemos sido en consumir en frívolas disipaciones el tiempo tan precioso de la vida! ¡Por qué hemos consentido en ser juguete de fatales ilusiones! ¡La palabra del Señor resonaba en nuestros oídos, y la despreciábamos! ¡Sin cesar nos hablaba el Altísimo por medio de sus ministros, y éramos sordos á su voz! ¡Cuán desgraciados somos! ¡Hoy nos dirigimos á Él, y nos vuelve el rostro! ¡Para qué nos han servido todas las vanidades á que concedíamos tanto valor? ¿Dónde están nuestros padres, nuestros amigos, nuestros hijos y nuestros hermanos? ¿Qué ha sido de nuestros tesoros, de nuestras riquezas, de nuestros aduladores? ¿Y el loco aparato de los festines y de los goces? Ya no hay reyes, no hay

principes cuyas gracias podamos conseguir, ó cuyo auxilio imploremos: nadie puede hacer nada por nosotros, y nada podemos por nosotros mismos. ¡Qué porvenir podemos esperar cuando Dios nos ha desechado, y los santos nos han abandonado! Ya ha pasado el tiempo de la penitencia, las lágrimas no sirven para nada. ¡Ay! ¿Dónde están los pobres de Jesucristo, que nos ofrecían en cambio de una pequeña limosna el aceite que servía para conservar nuestras lámparas? El drama ha terminado y ha caído la cortina. Cuando teníamos á nuestra disposición el tiempo y los medios necesarios, cuando los desgraciados esclamaban llorando:—Comprad; entonces hemos cerrado los oídos, hemos pasado de largo, no hemos hecho provision ninguna, y ahora los buscamos y no los hallamos. Esperanza, reposo, felicidad: todo se ha perdido para nosotros. Los juicios de Dios son justos; no volveremos á ver las gloriosas falanjes de los santos, no gozaremos de la luz ni de la verdad. Una espantosa soledad es para siempre nuestro destino. ¡Adios, Iglesia!

.....
Vuestro deseo está cumplido y satisfecha vuestra curiosidad. Sabeis ya lo que puede producir la molición, la negligencia, el empeño en el pecado. Habeis oído cómo tratará el Señor á los que se hayan burlado de Él: cómo serán castigados los que hayan despreciado sus preceptos, y cuán insensatos son los que se dejan seducir por las ilusiones y las vanidades de esta vida. ¡Oh amados míos! no nos equivoquemos, guardémonos de una fatal incredulidad. La imaginación del hombre puede bosquejar tan sombríos cuadros: la realidad es mucho mas espantosa todavía que lo que puede decirse. Creamos en la palabra de Dios, persuadámonos de que todos resucitaremos, de que todos seremos juzgados, de que todos seremos retribuidos según nuestros méritos. Despreciemos todas las cosas de este mundo, desprendámonos de todo cuanto es pasajero, no pensemos mas que en la hora terrible en que será preciso que comparezcamos ante el tribunal del inexorable

Juez y respondamos á los severos cargos de su justicia. ¡Hora de gemidos, de dolores y angustias, que será como la piedra de toque de toda nuestra vida! Hora solemne y formidable, de que nos hablan los Profetas y los Apóstoles, cuya prediccion hacen resonar las sagradas Escrituras hasta los extremos de la tierra, y en la cual no han podido fijar su pensamiento los santos de todas las edades sin terror y sin lágrimas!—Velad, parece que nos dicen todos juntos, tened cuidado, estad atentos, orad, sed misericordiosos, evitad los ataques del enemigo y preparaos sin cesar, porque no sabeis ni el dia ni la hora en que vendrá el Señor. Escuchad á Isaías: «Mirad que el Señor viene, y cada uno llevará consigo sus obras y su recompensa.» A Malaquías: «Mirad que el Señor viene; ¿y quién podrá el dia de su llegada permanecer firme ante Él?» A Habacuc: «Señor, he oido vuestros oráculos, y me he sentido poseido de espanto, y el temblor ha penetrado hasta la médula de mis huesos.» A Moisés, haciendo hablar al Altísimo: «Daré á cada uno su retribucion en el dia de mis venganzas, y nadie escapará de mis manos.» Al Salmista real: «El Señor nuestro Dios vendrá con una gran magestad, y no guardará silencio; el fuego brotará bajo su planta, y en torno de Él rugirá la tempestad.» Al sublime Pablo: «En este dia, segun os tengo anunciado, juzgará Dios los secretos pensamientos de los hombres: cuidad el camino que seguís, porque es temible caer entre las manos del Dios vivo.» Al Príncipe de los Apóstoles: «Vendrá el dia del Señor, como un ladron llega durante la noche: entonces los cielos serán consumidos por el fuego, y todos los elementos serán desecados por los ardores de la llama.» Mas ¿para qué hablar de los Profetas y los Apóstoles? escuchad al mismo Dios: «Procurad, dice, que vuestros corazones no se hallen bajo el peso de la disipacion, la embriaguez y las inquietudes de esta vida: porque caerá como una red sobre todos los que habitan la faz de la tierra. Velad por consiguiente, porque el Hijo del hombre vendrá en el momento en que menos lo esperéis, y procurad entrar por la puerta estrecha que conduce á la vida.»

Si, hermanos míos, sigamos esta via para tomar posesion de la eterna herencia. ¿Y cómo al seguirla no hemos de alcanzar la vida, si una y otra no son sino una misma cosa?... Si el número de los que la consiguen es pequeño, al menos, amados míos, procuremos formar parte de él nosotros. No nos separemos nunca de este camino, porque iríamos directamente á nuestra perdicion. «Provocareis, nos dice el Profeta, la cólera del Señor, y caminareis al abismo.» «Yo soy la luz del mundo, añade el Salvador, soy la vida: el que me sigue no herirá su pié contra las rocas y obtendrá la luz de la vida.» Caminemos todos por esa via venturosa, por la cual han pasado todos los que han tenido la sed de Cristo: el camino es penoso, pero al final se encuentra el descanso y la dicha: la marcha es difícil, pero el resultado merece nuestro deseo: el sendero es estrecho, pero el cielo no tiene límites. En este camino se encuentran la penitencia, el ayuno, la oracion, las vigiliass, la humildad, la pobreza de espíritu, el desprecio de la carne, el cultivo del entendimiento, las austeridades, las maceraciones, el hambre, la sed, la desnudez, la misericordia, las lágrimas, los gemidos, los suspiros, los golpes, los ultrajes, las persecuciones, el trabajo manual, los peligros, los contratiempos de toda clase, la paciencia, la abnegacion, el amor de los enemigos, el perdon de las injurias, el sacrificio por los amigos y el de nuestra vida si es preciso para la gloria de Jesucristo. Pero tambien en cambio de estos sufrimientos pasajeros se obtiene la bienaventurada y eterna posesion del reino de los cielos.

Por el contrario, el camino ancho, la puerta espaciosa, conducen á la muerte. En este mundo, los goces; en el otro, las amarguras y los suplicios: en el primero, las flores; en el segundo, las espinas: en el uno, el risueño séquito de las delicias; en el otro, las turbas de demonios dispuestos á arrastrar consigo sus victimas. Así lo proclama el Profeta: «En el dia de las venganzas, las iniquidades de mi camino me rodearán como una red.» ¿Qué quiere decir

con esto? Sin duda los crímenes de la vida, todos los pasos que dan los pecadores en el estenso camino, parte de los cuales enumera el Apóstol: la lascivia, el adulterio, la impudencia, la idolatría, las riñas, los odios, la cólera, la sedición, la envidia, el homicidio, y también las complacencias vergonzosas, los ecos de disipación, los excesos del lujo y de la gula, las danzas impías, los placeres profanos, los espectáculos, las canciones obscenas, el aborrecimiento de nuestros hermanos, y además de todo esto la impenitencia y el olvido del porvenir. Hé aquí lo que se encuentra en esa vía dolorosa en que tantos infortunados culpables tienen la desgracia de sumergirse. ¿Pero qué encuentran en el término de ella? En vez de una mesa voluptuosa, el hambre: en vez de los vinos delicados que sin cesar beben, la sed: en vez del reposo, los sufrimientos: en vez de la alegría, los lamentos: en vez de las armonías del canto, los sollozos: en vez de vestidos delicados, los gusanos: en vez de insensatas danzas, los demonios que les sirven de compañía: en vez de su muelle indolencia, roedores remordimientos: en vez de adivinaciones, sortilegios y otros desvaríos semejantes, las tinieblas exteriores, el fuego y lugares de horror en que la muerte apacienta el rebaño de sus discípulos y de sus amigos; es decir, de aquellos que han marchado por el camino ancho. «Han entrado en el infierno como ovejas, esclama el Profeta, y pacerán bajo el cayado de la muerte.»

Nosotros, amados míos, evitemos tan funestos senderos, escuchemos la voz de nuestro Dios, «procuremos entrar por la puerta estrecha, pues varios tratarán de hacerlo y no la encontrarán.» El Evangelio y la Escritura están todos llenos de parecidas advertencias. En la meditación de este día han adquirido los mártires la fuerza necesaria para dominar su cuerpo y sufrir con alegría todo género de tormentos. El pensamiento del juicio final es el que ha poblado y puebla aun las rocas y los desiertos de una multitud de cristianos de ambos sexos, absortos completamente en el ayuno, la oración, y sin más deseo que el de alcanzar el cielo. ¿Qué digo? Nuestras

ciudades y nuestros campos ¿no albergan en su seno una multitud de elegidos, observadores, según los deberes de su estado, de los preceptos y los mandatos del Señor? obispos, sacerdotes, clérigos de todas clases, reyes, príncipes, fieles de todas edades y condiciones; porque nuestro Dios no hace acepción de sitios ni de personas. «Donde quiera, dice, que dos ó tres se hallan reunidos en mi nombre, bien en la soledad, en las montañas ó en las cavernas, ó en cualquier sitio de mi dominio, estoy en medio de ellos.» «Yo estaré con ellos hasta la consumación de los siglos y en la eternidad les inundaré de inefables delicias.» Al recuerdo de este terrible juramento, el bienaventurado David regaba cada noche su almohada con sus lágrimas y esclamaba angustiado: «Señor, no juzgueis á vuestro siervo! ¡Dios de misericordia, no me juzgueis según el rigor de vuestra justicia! ¡Ay! nada tengo que alegar en mi defensa: bondad infinita, yo os ruego que no me juzgueis, porque ¿qué hombre podrá justificarse en presencia vuestra?» Tales eran, hermanos míos, los terrores del santo rey, tales eran las súplicas que dirigía al cielo para aplacar la cólera del Altísimo, tales los medios con los cuales se disponía á comparecer ante el soberano Juez. Preparaos vosotros también, amados míos en Cristo, antes de que llegue el terrible instante, antes que la escena de este mundo desaparezca, antes que Dios se manifieste de nuevo entre nosotros. Evitemos sus venganzas por medio de la confesión, las austeridades, la oración, el ayuno, las lágrimas, las obras de misericordia. Apresurémonos, con el temor de que llegue de improviso y nos sorprenda sin defensa: no cesemos de hacer penitencia, de invocar la piedad del Señor y de prepararnos para su llegada; todos, hombres y mujeres, ricos y pobres, ciudadanos y esclavos, viejos y niños. No diga nadie: mis pecados son muchísimos, no hay para mí perdón, porque hablar de tal suerte es ignorar que nuestro Dios es el Dios del arrepentimiento, y que solo ha venido aquí para las víctimas del pecado. ¿No es Él el que ha dicho: «La conversión de un